
CON FRENO Y MARCHA ATRAS

Pablo Castellano



4

La tentación de explicar los problemas políticos a través de las claves del personalismo, del conflicto generacional, de la incompatibilidad de caracteres o del antagonismo de talentos, puede resultar cómoda y hasta ocurrente, pero es un escapismo fácil que falsea los términos del debate.

Hasta en los conflictos que pueden parecer más personales, íntimos o caracteriológicos, los que se suscitan y desenvuelven en el seno de la pareja, la familia, la relación de amistad y, lógicamente, también en el terreno de la política, ha de saberse buscar y encontrar la real confrontación de intereses materiales, intereses tan naturales, dejando la moralina califi-

cadora para otros planos, cuales son la lucha por el poder político, como garante del beneficio, y por la dominación ideológica de unos sobre otros, como perpetuadora del vasallaje.

Los conflictos, aunque revistan apariencias desafectivas, de deslealtades, de cambios tácticos políticos, y se plasmen

en ridículas polémicas entre confesionales y heréticos, no hacen otra cosa que poner de manifiesto inocultables contradicciones de clase. Hoy, cuando más se tiende a la desconsideración, ignorancia y desprecio de la lucha de clases, ahí está, cada día con más fuerza y cada día más perceptiblemente presente en las más diversas facetas de la actitud humana.

Algunos dicen que en un ordenado pensamiento de izquierdas no cabe la posible confrontación entre el aparato burocrático, con intereses propios y específicos de casta dominante o «nomenklatura», frente al interés colectivo de la base, en su lógica lucha por la información, la formación y la corresponsabilidad en la acción política, porque en una organización clasista esa expresión interclasista está superada por la unidad de objetivos.

Quienes niegan esta realidad, so pretexto de la consecución con la organización de su objetivo final común, y hasta como corolario de su autodisciplina, incurrir en el error de reducir toda posible confrontación de clase al exclusivo terreno de lo puramente economicista-productivo.

Debemos aproximarnos, de nuevo, a los hechos de la historia de la lucha obrera, a sus ricas y pobres experiencias para comprobar con qué facilidad, y esto ha de hacer pensar, los pioneros revolucionarios se conservadurizan y anquilosan en la perpetuidad dirigente, con propensión al secuestro de la información en poder de unas reducidas camarillas, y a la privatización de la formación, para así crear la aprovechable desigualdad en el debate, entre los listos de siempre y los tontos de turno, y con la práctica congelación de la acción política en los dirigentes, reduciendo a la cumplimentación de las órdenes a los dirigidos, como mecanismo de apropiación de la evidente «plusvalía» que generan los esfuerzos de las masas, para que así la división del trabajo político en inte-

Hay quienes incurrir en el error de reducir toda posible confrontación de clase al exclusivo terreno de lo puramente economicista-productivo.

lectual y manual, y la selectivización de la democracia en delegada y representativa, conduzca a la consolidación de un poderío estructural que se defiende malamente

con argumentos de eficacia, con la división sacral entre el partido y los antipartidos, y que en el fondo persigue el evitar y erradicar cuanto pueda poner en peligro los materiales intereses de una oligarquía, con necesidades propias disociadas de las de la generalidad, o contradictorias con éstas.

La confrontación sociedad-administrado frente a Estado-administrador, o gobernados frente a gobernantes, se traslada también, e inevitablemente, al interior de las organizaciones políticas y sindicales de izquierda y, con ello, y una vez más, las inalienables libertades ciudadanas y las de los militantes se interpretan restrictivamente en beneficio de las potestades que asumen los aparatos de Dirección-Estado que, a su vez, llegan a adquirir hábitos defensivo-represivos.

Esta dialéctica, lógica consecuencia de una concepción muy determinada, se va resolviendo en la historia siempre y a la postre a favor de la renovación, la mejora y el perfeccionamiento, si se sabe ir alcanzando progresivamente la síntesis, y si no se deja uno arrastrar por la rutina e inercia del momento, y se tiene un *mínimum* de sentido de futuro, aunque no falten las excepcionales anécdotas negativas, a las que lamentablemente conduce la ceguera, cuando los aparatos se empecinan en la patrimonialización del partido, el sentido corporativista-burocrático de los funcionarios y el cerrar filas alrededor del «status» adquirido, aunque todo ello se adorne como la defensa y conservación del «dogma», frente a los infiltrados o ambiciosos.

Cuando estalla esta tensión entre *pueblo* y *casta*, la tentación de expulsión del contradictor y su descalificación suele ser

más frecuente en quienes más carecen de ideario y proyecto a largo plazo, que en quienes verifican una mínima autocrítica y saben comprender que su propia organización es también una parte más del proceso social e histórico y, en consecuencia, se autoexigen una actitud de dinamismo frente al atrincheramiento.

Cuando frente a los deseos de democratización, participación generalizada y corresponsabilidad se esgrime el principio de autoridad, el de disciplina y hasta un peculiar sentido de la unidad del partido, con viejos argumentos eclesiales, hay que prepararse, pues eso es un indudable síntoma de la aparición de un espíritu dogmático y apropiativo que lleva en su raíz la negada lucha de clases, para que en el partido se acabe convirtiendo al lógico contradictor en material enemigo.

Si en el campo de la burguesía también se dan contradicciones entre sus intereses económicos y los de su guardia pretoriana, a la que un día encomendaron su defensa y que «a posteriori» reacciona corporativamente, también se dan esas contradicciones en el seno de las organizaciones de izquierdas, contradicciones inculcables entre los intereses de los dirigidos y de los dirigentes, cuando estos últimos quieren convertirse en gobernantes o jefes, actuando sobre la comunidad y no en nombre de ella.

Puede ocurrir también en el seno del movimiento obrero que la pérdida de sentido de futuro lleve tanto a los aparatos como a los disidentes, por empecinamiento e intransigencia, a servir los intereses de la clase antagonista, destrozando con desmesuradas polémicas sus propias organizaciones y, a veces, se parece más enemigo de los propios compañeros que de los viejos enemigos de clase con los que se está dispuesto a pactarlo todo, negando al discrepante el pan y la sal.

Las contradicciones permanentemente

orgánicas a que nos estamos refiriendo reflejan, evidentemente, contradicciones ideológicas, y sirven indubitadamente de pista para percibir las contradicciones de intereses materiales, pero aún así son superables si se reconocen, analizan y sitúan debidamente.

El debate sobre el desarrollo de una determinada acción política en el plano nacional o internacional se puede llegar a disfrazar como la simple discusión de ciertos problemas personales, y hasta se puede revestir de polémicas sobre el modo, el tiempo, la dimensión, la táctica o la estrategia, pero muchísimas veces es algo más profundo que hay que analizar serenamente.

Un significado partido de la derecha española ha saltado hecho pedazos, de forma irremediable, porque la acción política que con todos sus altibajos y vacilaciones iba desarrollando, hasta la primavera de 1979, empezaba a poner en peligro precisamente ciertos intereses para cuyo servicio y defensa se creó, en su día, dicha organización, arraigada en el anterior régimen y con la mirada puesta en el puro continuismo.

No son problemas personales los que han aparecido entre su inicial líder y otros personajes de su entorno más o menos ambiciosos, sino que ha aflorado la real confrontación entre una interpretación de la Constitución española como el principio de un camino de progreso, o la lectura de la Constitución española como el final defensivo de los intereses de una vieja clase arrinconada frente a la historia.

En otro determinado partido de la izquierda española también la contradicción entre su acción política más próxima y sus antecedentes tenía que conducir inexorablemente a una profunda convulsión. Cuando el decir y el hacer chocan, la tozudez es suicida. Y no se puede frenar ja-

**En UCD ha aflorado
la confrontación entre dos
interpretaciones
muy distintas
de la Constitución.**

más la necesidad de democracia interna ni externa, o parcelaria hacia dentro o fuera. Según los intereses que peligren.

Es, al fin y al cabo, la acción política la pauta que en un partido condiciona su estructura orgánica, y denuncia, desvirtúa o reafirma la esencialidad de sus promulgaciones-proclamaciones frente a la sociedad.

A la UCD le han estallado las arterias. Como a los submarinistas que regresan demasiado deprisa a la superficie, cuando les entra el miedo al bucear profundamente en la libertad y en la democracia.

En política la audacia es peligrosa porque siempre el hacer cosas plantea tensiones y quema; pero es mucho más peligroso el no hacer nada, y más aún todavía el deshacer lo hecho por escaso que esto fuera.

En la carrera contra los problemas o te adelantas a su explosión, solucionándolos, desactivándolos, o te estallan en las manos.

Y a la UCD le han estallado los problemas que la reforma debía haber solucionado y, por no ocuparse de ellos, se le han cerrado todos los caminos.

Es inútil, tardío y boabdilesco quejarse ahora del intento de instalación de hecho de un paralelo poder militar, perdón, no paralelo, sino superpuesto, cuando no se ha hecho nada por evitarlo y se han alimentado las tentaciones de su configuración, aparentemente consultiva, pero a la larga decisoria y condicionante.

Es, asimismo, inadmisibile, por falso, lamentar la destrucción de la UCD por peleas tribales, por vulgares luchas por el poder, cuando se han preparado todas estas trifulcas a fin de aprovecharse de ellas,

y cerrar el paso a la reforma política, porque fue demasiado lejos.

Resulta cínico que se quiera, a lo peor, echar la culpa a la oposición, cuando es ésta la que, día a día, creyendo ingenuamente que el gobierno se reharía, la ha sostenido minuto a minuto con la simple actitud de no sacar punta a tanto y tanto error e irresponsabilidad, o a la ambición indisfrazable que asomaba tras cualquier actitud política del Sr. Calvo-Sotelo y sus edecanes.

Jamás volverá la derecha-centralista a encontrar enfrente unas minorías nacionalistas más colaboradoras, duras a veces pero bien gradualistas, ni a un movimiento obrero más cuidadoso, quizá en exceso, de no poner en peligro la democracia, so pretexto de exigir aquello a lo que, irrenunciablemente, tiene derecho.

El viejo refrán «de mis amigos me guarde Dios, que de mis enemigos me guardo yo», se ha vuelto a hacer realidad.

Desde el inicio de la peripecia el juego era peligroso, los demócrata-cristianos no tenían la administración y necesitaban a Suárez para situarse primero y echarles luego. Suárez necesitaba a los liberales y a los demócrata-cristianos para su nueva imagen, pero sin dejar que le arrastraran a la preguerra civil de la CEDA o al sucursalismo pentagonista. Y los social-demócratas necesitaban a la UCD para gozar de marca de mercado. Y todos se engañaron a diario, los unos a los otros. Y todos juntos a su electorado.

Y estaban obligados a engañarse pues democracia, libertad, progreso, no significaba lo mismo para ninguno de ellos por sus distintos intereses.

Resulta cínico que se quiera echar la culpa a la oposición, cuando es ésta la que, creyendo igualmente que el gobierno se reharía, la ha sostenido.

Compaginar autarquía privilegiada y economía de mercado era tan difícil como coonestar la separación de Iglesia y Estado y los privilegios de toda índole a la Iglesia Católica.

La Europa caduca y difícil del pacto de Roma no es aún tan confundible con los intereses del loby marroquí y las dictaduras latinoamericanas cipayas del Pentágono.

Hacer política socialdemócrata, por criticable que ésta sea, no es compatible con ningún centralismo burocrático o dictaduras del secretariado.

Resulta difícil pasar el test para hacer de cada organización el modelo de la sociedad que se postula en libertad, en tolerancia, en equilibrio, con controles democráticos cuando es obvio que no se cree en esto.

Resulta imposible hablar de progreso cuando se tiene nostalgia de Francisco Franco y Carrero Blanco, y los hechos lo están, *otra vez*, demostrando día a día.

Las catástrofes electorales suelen suscitar, casi siempre, la necesidad de la reconsideración de las actitudes políticas, pero, como decíamos al principio, se tiende a huir de este reto de debate político profundo, y se prefiere ocultar el grave y sustancioso problema de fondo con superficiales trifulcas organicistas o personalistas.

En otro sentido, los éxitos electorales mueven, a sensu contrario, al encubrimiento de las posibles contradicciones bien latentes, pero por mucho que sea el éxito y la alegría que genera, así no se soluciona la siempre necesaria consideración crítica de la acción política realizada, aunque es evidente que los triunfos no crean ni las condiciones ni la necesidad, a veces sólo reivindicativa, de exigir cuentas a quienes nos han llevado a la derrota, o al triunfo inesperado.

Porque a la derrota, a veces, nos ha llevado una acción política incoherente o simplemente regresiva para con respecto a aquello que veníamos realizando.

Y, a veces, el éxito electoral también nos puede haber llevado, mucho más la estupidez y la ineptitud ajena, que el acierto propio, y nunca hemos de envanecernos.

Un partido serio no puede estar al albur de que un cierto desastre electoral lo conmueva hasta el extremo de destruirlo, porque el partido es algo más que una máquina coyuntural para ganar elecciones, y el ánimo debe estar perfectamente preparado para asumir el desastre cuando así ocurra, y saber digerir la responsabilidad del triunfo, examinando permanentemente la acción política realizada, y no creyendo que se va a salir de las posibles contradicciones intrínsecas con el juego simplista de eliminar a los que piden cuentas o de marginar o destruir a quienes hicieron lo que hicieron porque se les consintió acomodaticiamente e, incluso, se les excitó a ello.

Es evidente que cuando un partido adquiere la confianza plena en su tradición y en la responsabilidad de futuro, no apoyándose en una mera coyuntura política, ni reduciéndose a intereses particularizados de sus dirigentes, aguanta los favores y desfavores de la historia, y de cada triunfo o derrota sabe sacar siempre una lección positiva y para cumplir su principal obligación: Seguir cada día perfeccionándose y sintetizando, sin exclusivismos ni tentaciones persecutorias, al servicio del objetivo final, que, como dijo Rosa Luxemburgo, es siempre el objetivo primario, y el diario compromiso.